

MS 335  
1139/1264

Domingo 23 de Diciembre de 1923

PRESIDENTE ECUESTRE

Desde que algunos diputados llevaron a la Cámara la discusión harto indiscreta del estado mental de su Excelencia, el país se encuentra en presencia de un problema insoluble porque así como no hay autoridad que pueda pronunciarse sobre la constitucionalidad de las leyes, tampoco la hay que pueda declarar la insanidad del jefe del Estado.

De por sí la cuestión es complicada. ¿Dónde concluye el buen juicio y comienza la locura?

¿Quién fija y nombra  
La línea imperceptible que separa  
La clara luz, de la nocturna sombra?

Ahora, a esta natural complicación, se agrega otra producida por el hábito, la costumbre, la aclimatación o como quiera llamársele. Insensiblemente, sin quererlo nos vamos adaptando a la idiosincracia de cada mandatario hasta tomar como simples genialidades, lo que en otro miraríamos como gravísimas perturbaciones.

Veamos el caso del actual Presidente.

Cualesquiera de las declaraciones que hace a diario el Sr. Alessandri, puesta en boca de uno de sus antecesores, daría ocasión a la más honda alarma.

Supóngase, por un comentario, que cualesquiera de los presidentes anteriores, - Barros Luco, Riesco o Sanfuentes - hubieran manifestado su propósito de desentenderse de las resoluciones del Senado. El ministerio habría renunciado, el cambio habría bajado cuatro puntas, los negocios se habrían suspendido y el país estaría a las puertas de la revolución.

Lo dice el señor Alessandri y el público se alza de hombros comentando alegremente: - ¡Si nada de esto tiene la menor importancia! Mañana será día de sol, el Presidente estará en calma y todo pasará!

El señor Alessandri, sale en jira política y recorre el país hablando pestes de una de las ramas del Congreso, y asegurando que por tales o cuales comisiones legales, no existe, por el momento, poder electoral en la república.

Ni aún en los tiempos de más desembozada intervención, la nación había visto un ejemplo parecido. Diez veces menos, dijo Balma-ceda y el país se vió envuelto en los horrores de la guerra civil.

En él señor Alessandri, estas declaraciones son el pan de cada día y se miran con la misma benévola simpatía con que se le ha visto algunas veces injuriar en la calle a un diputado, ordenar una carga desde los balcones del Palacio de Gobierno, y perseguir por la plazuela a todo trote a algunos estudiantes que le faltaron al respeto.

Apenas algunas voces aisladas se han atrevido a dudar de la cordura y discreción del primer mandatario, y esas voces han sido acalladas con indignación y tal vez con buen sentido. ¿Cómo señalar el límite en que las genialidades pasan a ser perturbaciones? ¿Cuántas ofensas al Senado, cuántas cargas, cuántos matches en la vía pública, cuántas vueltas deportivas en torno de la estatua de Portales, necesita un mandatario para que se dude de su sensatez?

Yo creo que no hay límite ninguno, y por eso tiemblo ante la idea de que al señor Alessandri se le ocurra un día, interrumpir su paseo matinal por la Alameda para subirse a la grupa del caballo de O'Higgins.

El primer momento sería, a no dudarlo, de expectación general. Acaso habría hasta sonrisas, pero cuando el público, congregado alrededor de la estatua, se diera cuenta exacta de la situación, la cosa cambiaría.

"La actitud incomprensible y atrabiliaria del Senado, Senado que no ausculta las palpitaciones del alma nacional, - diría el señor Alessandri - ha obligado al Presidente de la República a adoptar esta posición, que es la única compatible con la dignidad de un mandatario que está dispuesto a saltar todas las vallas y todos los obstáculos.

"Yo no me he subido a este caballo por un acto de libre voluntad; he sido obligado a ello por las ofensas, los odios, los rencores de mis enemigos políticos. Comprendo exactamente lo delicado de mi situación, pero como hombre y como mandatario, no me queda otra cosa que aceptarla pese a quien pese y pase lo que pase..."

¿Verdad que la cuestión planteada así ya no parece tan sencilla y deseable? Si no al fin del primer día, al cabo del segundo o del tercero en que el Presidente se niegue a descender de las verdes ancas del potro, el público va a empezar a preocuparse seriamente.

En las calles, en los clubs, en los corrillos, no se hablará de otra cosa. En la Cámara se interpelará al ministerio haciéndolo responsable de la extraña actitud del Presidente, y el Gabinete se defenderá diciendo que se trata de actos personales del primer mandatario, actos de los cuales no puede responder el ministerio.

No faltará tampoco un exaltado que llegue a acusar de loco al Presidente, y la sesión terminará en medio de gritos, bofetadas y escándalos. Sólo al día siguiente, el editorial de "El Mercurio", traerá un poco de calma a los espíritus.

"Los lamentables desacuerdos producidos ayer en la Cámara de Diputados - dirá el editorial - nos obligan a hacer un nuevo llamado de patriotismo, la concordia y la unidad de miras de los legisladores, sobre los cuales pesa en estos momentos una gravísima responsabilidad: la de mantener y conservar el libre juego de nuestras instituciones democráticas".

"El apasionamiento que suele acompañar las luchas electorales, ha llevado a algunas personas - afortunadamente pocas - a criticar la acertada resolución del señor Alessandri, al tomar colocación al lado del Director Supremo don Bernardo O'Higgins. Múltiples razones han llevado sin duda al Presidente a adoptar esa determinación: la belleza del sitio, el buen aire de la Alameda, la proximidad del Palacio de Gobierno, etc. En realidad, se puede aplicar en este caso al señor Alessandri, el viejo aforismo inglés: "The right man in the right place". En cuanto a la excesiva duración que Su Excelencia ha dado a su permanencia en el caballo, se explica, sobradamente por la acritud de los ataques de que ha sido víctima. Es natural que un espíritu de primer orden, se rebele contra la injusta imposición de hacerlo descender del sitio en que se encuentra".

"Si al Presidente, en cambio, se le manifiesta el beneplácito con que la misma oposición ha visto sus iniciativas ecuestres, si el Senado aprueba un voto de confianza al ministerio, en una palabra si el Presidente se compenetra del buen espíritu que existe de parte de sus adversarios, él mismo se apresurará a bajarse del caballo o por lo menos a manifestar las razones que tiene para continuar en él. "El Mercurio", que tiene por norma propiciar toda solución de avenimiento que no implique una condescendencia de la Alianza Liberal, llama a la concordia a los hombres de todos los credos y de todos los partidos y formula los más sinceros votos porque se solucione este conflicto que amenaza perturbar el complicado rodaje de nuestras instituciones".

Y luego en párrafo aparte: "No queríamos terminar estas líneas sin consignar la más enérgica protesta por las expresiones que se vertieron ayer en el Parlamento, con respecto a la persona del Excmo. señor Alessandri.

Se necesitaría que el país fuera sordo para no conmoverse con un editorial tan bien meditado y ecuaníme. Al día siguiente, y después de numerosas reuniones entre los dirigentes de la Alianza y de la Unión, don Ismael Tocornal, comisionado solemnemente para solucionar el conflicto, se dirigirá a la estatua de O'Higgins, a cuyo pedestal el Tony llora sin consuelo.

¡Vanos esfuerzos! El Presidente no quiere bajarse por ningún motivo, no tolera ninguna transacción, ni siquiera correrse algunos centímetros hacia la cola, última fórmula de avenimiento que estaría dispuesta aceptar la mayoría del Senado.

- "En la historia circular de la República - declaró el señor Alessandri - mi puesto como último Presidente constitucional está al lado del primero. Yo no puedo moverme de la grupa de O'Higgins, más aún, me considero agrupado con O'Higgins, y no habrá fuerzas humanas capaces de separarnos!"

Y como don Ismael se permitiera insinuarle el ejemplo de civismo dado por O'Higgins, su colega de montura contesta: - "Yo puedo imitar a O'Higgins en sus actos de valor, pero no sus debilidades. Yo no abduco!"

De los amigos íntimos - vulgo-ardeliones, - parte la idea de bajar a O'Higgins, para ver si el Presidente se resigna a imitarlo. Por otra parte, de ningún modo el trabajo resultaría perdido, porque habría, desde luego, una casa extranjera interesada en adquirir el prócer.

La iniciativa conciliatoria resulta infructuosa. ¡Siempre la negativa rotunda y pertinaz del Presidente!

- "He llegado a esta alta situación, - les dijo - después de una de las luchas más enconadas y ardientes de que hay recuerdo en el país, y no puedo abandonarla sin que se produzcan otras luchas igualmente apasionadas y ardientes, porque las ideas se combaten con ideas y las luchas con las luchas".

En semejantes condiciones no quedaba otra cosa que recurrir a la eterna panacea nacional: el Tribunal de Honor.

El Tribunal de Honor, presidido por el señor Subercaseaux, que se pasó tres veces durante las sesiones, acordó:

Transportar al Presidente con estatua y todo al Palacio de Gobierno.

Protestar de la actitud del diputado que llamó loco a su Excelencia.

Así se hizo.

En la tarde de ese mismo día, "El Mercurio" por boca de "Las Últimas Noticias", se felicitó del triunfo de las ideas liberales e hizo votos porque se vendieran las estatuas ecuestres, a fin de no dar ocasión a los mandatarios de treparse a ellas.

Pero, es todo esto una locura? Tal vez ... acaso... ¡quién sabe!

No obstante que si se hubiera seguido el proyecto de "El Mercurio", habría sido preciso quitar más de un balcón a la Moneda, privar a la plazuela de la estatua de Portales, quitar el andén al carro presidencial, etc.

Y no vale la pena causar tantos desastres para evitar algunos actos que, desde el punto de vista del buen juicio, a lo sumo podrán ser discutibles...